



perecer en los calabozos y fortalezas. De este modo se sustrajeron provincias enteras de la propiedad de los habitantes que, amontonados como en un mortero, y diezmados por el sable, el hambre y la peste, acabaron por someterse al gobierno inglés, aceptaron sus leyes y autoridades, y recibieron con reconocimiento, según dice una relación oficial, el perdón y la paz del rey Jacobo I. Estas inicuas pesquisas continuaron durante el reinado de Carlos I (1625-49), y bajo la administración de lord Strafford, que empleaba «en servicio del diablo» la alta capacidad de que Dios le había dotado. Se perfeccionó el sistema de la rapiña; las multas, las hogueras y los tormentos vinieron á fortificar la conciencia de los jurados demasiado timoratos, quedando sometida de este modo la provincia de Connaught á la corona y á sus favoritos. A pesar de esta opresión sin ejemplo, los irlandeses suministraron recursos al rey, amenazado á un tiempo por la Inglaterra y por la Escocia. No esperaban de él sino la más estricta justicia, y les fué negada, á pesar de haberla pagado de antemano. «La rebelión es la gallina de los huevos de oro; los lores grandes jueces no serán tan locos que la maten.»

Tal era el punto de vista bajo el cual administraban, ó más bien continuaban excitando á la revolución á la desgraciada Irlanda los agentes del gobierno. En efecto, una nueva insurrección estalló en 1641. En vano ofrecieron al gobierno sus servicios los lores católicos; no se los admitieron, y, á pesar de las buenas disposiciones de Carlos I, fueron asesinados indistintamente todos los habitantes, aun aquellos que habían permanecido pacíficos, como en la península Magea.

Sin embargo, como esta vez estaba colmada la medida, toda la nación tomó las armas al grito de: *Pro Deo et rege, et patria Hibernia unanimes*. La asamblea nacional de Kilkenny (Mayo de 1642) proclamó la guerra para la defensa de la religión, la independencia del Parlamento irlandés, el mantenimiento de las gracias concedidas en 1628 y la exclusión de los extranjeros de los cargos del reino. Un concilio nacional declaró esta guerra justa y legiti-

ma, la cual obtuvo buen éxito por algún tiempo. Hume, con la parcialidad que le distingue, no ve en esta defensa natural de un pueblo sublevado por la conservación de sus derechos y de la justicia, más que una rebelión horrible y contra la naturaleza, cuya responsabilidad hace pesar enteramente sobre los católicos irlandeses.

El duque de Ormond, sucesor de Strafford, concluyó un armisticio en 1643; pero todos los esfuerzos para restablecer la paz se estrellaron en la petición de la libertad religiosa, que no dejaron que concediese el rey los independientes ingleses y escoceses (1649). Los fanáticos republicanos cayeron con furor sobre Irlanda como sobre una presa asegurada, y en 1653 quedó sometida enteramente por el rigor sangriento del protector Cromwel. El país quedó otra vez desierto. Establecióse entonces en nombre de la Biblia una tiranía desconocida hasta entonces: los soldados recibieron la orden de tratar á los irlandeses como Josué trató á los cananeos. Veinte mil infelices fueron vendidos en América como viles esclavos, y los católicos, acorralados, tuvieron que trasladarse á la provincia de Connaught, de donde no podían salir bajo pena de muerte. La orden del protector era: «Al infierno ó á Connaught.» Las tierras fueron de nuevo distribuidas, y se puso precio á las cabezas de los sacerdotes católicos, tasándolas Cromwel en cinco libras esterlinas cada una, como la de un lobo.

Los cambios de gobierno no modificaban nunca la suerte de la desgraciada Irlanda. Á pesar de su fidelidad y de su decisión por la monarquía, la restauración los trató como rebeldes, distribuyéndose nuevamente siete millones y ochocientos mil acres de tierra entre gentes que «ganaron por la traición lo que los pobres labores perdían por su fidelidad, por su adhesión á la fe, y porque, como confiesa Hume, así lo exigía el interés inglés y protestante.» Se envolvió á la Irlanda en la pretendida conspiración papista descubierta en Inglaterra en 1678; pero fracasaron las intrigas de los emisarios enviados al efecto. Solo Plunkett, primado católico de Irlanda, llegó á ser víctima, siendo ejecutado en Tyburn en virtud



de deposición de testigos falsos. El inhábil Jacobo II reinó muy poco tiempo para que su buena voluntad llegase á aliviar la suerte de los irlandeses, que permanecieron en su propio país como ilotas, sin bienes y sin patria. En 1688, cuando Guillermo de Orange destronó á su suegro, los irlandeses fueron también los más fieles defensores de la legitimidad; pero perdieron la batalla decisiva de la Boyna. La capitulación de Limerick (1691) les aseguró la libertad de conciencia y la conservación de sus propiedades. Sin embargo, tal vez contra la voluntad de Guillermo, la capitulación no fué observada, y á los diez millones seiscientos treinta y seis mil ochocientos treinta y siete acres de tierra confiscados anteriormente se agregaron un millón sesenta mil setecientos noventa y dos más, que pasaron en parte á las manos de colonos holandeses. El irlandés no poseía ya por sí solo nada en Irlanda.

Como más arriba hemos dicho, sólo el interés inglés y protestante, por confesión de Hume, puede explicar un tratamiento tan inícuo, dado por una nación civilizada á un pueblo que hablaba la misma lengua, que tenía las mismas costumbres y que habitaba la misma latitud. Este sistema de opresión fué siempre en aumento. Las actas auténticas del último siglo prueban que toda querrela jurídica, toda denuncia contra un católico, se consideraba como un servicio honroso hecho al gobierno. A mediados del siglo XVIII declaró un tribunal que «las leyes no reconocían católicos en el reino,» y que su existencia en él no era posible sino «en cuanto el Estado quería hacer la vista gorda.» No era ciertamente culpa del gobierno si subsistían aún millones de católicos irlandeses; pero podía, con justo motivo, atribuirse su desgraciada situación. Swift, su compatriota, nos da una idea de esta miseria, por el desprecio con que habla de ese pueblo de leñadores y aguadores, sin profesión, sin organización y sin valor.

En Irlanda no había leyes sino contra los irlandeses, y no para calmar, sino para fomentar la sedición. Las escuelas suministraban medios legales de ejercer el proselitismo protestante. Los católicos no podían, como tales, he-

redar tierras ni tomarlas en arriendo por más de treinta años. Ya hemos dicho que el hijo, para heredar los bienes de sus padres con exclusión de sus hermanos y hermanas, no tenía más que abrazar el protestantismo. La mujer que se declaraba protestante se hacía por este sólo hecho independiente de su marido, pudiendo abandonarlo. Los matrimonios mixtos eran inválidos, y se condenaba á muerte al sacerdote católico que los bendecía. Los católicos pobres, despojados y extenuados, debían sin embargo, mantener á su costa á los pastores protestantes, que estaban ricamente dotados, aunque la mayor parte del tiempo sin rebaño, y á subvenir al mismo tiempo á la manutención de sus propios sacerdotes. El clero anglicano, además de poseer dos millones de acres de tierra, percibía el diezmo de todas las demás propiedades territoriales. Este diezmo y la multitud de portazgueros, inspectores y cobradores que mantenía, eran una carga intolerable, una llaga que estaba siempre brotando sangre, una fuente inagotable de lágrimas y calamidades para el país.

Durante la guerra de la independencia de la América y durante la revolución francesa, el temor arrancó al gobierno inglés algunas modificaciones en la legislación, que fueron con demasiada frecuencia ilusorias en la práctica. Desde 1772 habían podido tomar en arriendo «lagunas inútiles,» y prestar el pleito homenaje. Se abolió el sistema de conversión de los niños católicos fundado en una bárbara inmoralidad. En 1793 se les concedió, no la elegibilidad, pero sí algunos votos para el Parlamento. Siempre, sin embargo, permanecieron excluidos de las funciones municipales y judiciales (á lo menos los *shériffs* eran constantemente protestantes). No podían establecer escuelas ni colegios. Siempre podía decirse con verdad: «En Irlanda no hay leyes para los católicos.» Era siempre cierto que los hombres del poder no se cuidaban de hacer justicia á la Irlanda y de mantener en ella la paz. Las iniquidades que precedieron, ó más bien la insurrección que ocasionaron en 1789, lo prueban; y fueron tales, que un ministro de Inglaterra, no pudiendo creerlas, decía oficialmente: «El





«pueblo se opondría y se vengaría de ellas.» No eran, sin embargo, sino muy positivas, y su peso alcanzaba hasta los irlandeses protestantes que tomaron parte, lo mismo que los católicos, en aquella insurrección, producida á la vez por la desesperación del pueblo y por el contagio de la revolución francesa. La unión de la Irlanda y de la Inglaterra fué el triste resultado de aquel levantamiento, que, como todos los anteriores, debía ser expiado por confiscaciones: esta vez fué la nacionalidad irlandesa la que fué confiscada toda entera en provecho de los vencedores.

La conservación del catolicismo en Irlanda es un milagro, aun bajo el punto de vista humano, y una realización admirable de aquellas palabras del Salvador: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia.»

En materia de pruebas no le ha faltado á la Irlanda sino la más peligrosa de todas, la de las riquezas y la prosperidad.

Las sectas del siglo anterior, la Pragmática sanción, la conducta arbitraria de Francisco I, tanto en los negocios religiosos como en los políticos, y la elección de obispos más sumisos á la voluntad del rey que á la del papa, habían preparado hacia ya mucho tiempo en Francia el camino al protestantismo. Ya Zuinglio había dedicado su primera obra á Francisco I. También Lutero y Melancton encontraron en Francia lectores ávidos, entre los que debe contarse sobre todo, el famoso filósofo Lefèvre d'Étaples. En Meaux fué donde Guillermo Farel y el cardador de lanas Juan Leclerc, reunieron sediciosamente la primera comunidad protestante.

La Sorbona, con la notoria independencia de sus opiniones, había condenado al fuego los libros de Lutero, y sin embargo, se extendieron y leyeron con avidez. Los novadores estaban protegidos por el consejero de Estado Berquin, por la duquesa de Étampes, querida del rey, y por Margarita de Valois, hermana de Francisco I. Margarita, mujer de Enrique de Albret, rey de Navarra, llevaba á su corte á todos los que eran perseguidos por causa del protestantismo. Por el contrario, los intereses del catolicismo eran ardentemente defendi-

dos por el cardenal Duprat, canciller de Francisco I, por el cardenal de Tournon y por la reina madre, Luisa de Saboya. Habiéndose permitido los protestantes destruir las imágenes del Salvador y de la Santísima Virgen, y habiendo osado fijar en la puerta del rey un infame pasquin contra la transustanciación, Francisco I, aterrado con las desgracias que habían surgido en Alemania, tomó serias medidas para contener la propagación del protestantismo en Francia. Los protestantes se vieron perseguidos, obligados á huir, y algunos de ellos condenados á muerte. Entre los fugitivos se hallaba Calvino, que se estableció en Ginebra, desde donde extendió sus doctrinas por toda la Francia.

Pero al mismo tiempo Francisco I, con una política páfida, protegía en Alemania á los protestantes, que perseguía en su reino, adquiriendo de este modo los territorios de Metz, Toul y Verdun.

La debilidad de sus sucesores fué favorable á la propaganda protestante (m. 1547). Es verdad que Enrique II (1547-49) publicó severos decretos contra los calvinistas, en especial el edicto de Chateaubriand (1551), por el que atribuía á la justicia seglar la pesquisa de los herejes, encomendada hasta entonces á los tribunales eclesiásticos, que no podían condenar á muerte. Pero á pesar de esto se formaron en París, Orleans, Rouen, Lyon y Angers comunidades protestantes que, reunidas todas en un sínodo general celebrado en París (1559), adoptaron un símbolo calvinista, una organización presbiteriana y las leyes disciplinares más severas de Calvino, haciendo además una ley que condenaba á muerte á los herejes, como si hubiesen querido prescribir la conducta que muy pronto se observaría en ellos.

Los hugonotes se hicieron más poderosos todavía durante las minorías de Francisco II y Carlos IX, bajo la regencia de la reina madre, Catalina de Médicis, y mientras se disputaban el mando las facciones de los duques de Guisa y de los príncipes de Borbon. Catalina se alió con los Guisas, enemigos jurados de los hugonotes, y fortificó su partido con el matrimonio de Francisco II con María Stuart. Anima-



dos los protestantes por una consulta favorable de sus teólogos, y entre otros de Beza, tramaron contra Francisco II y los Guisas la conjuración de Amboise (1560), que fué descubierta ántes de estallar, siendo ajusticiados sus autores. El edicto de Romorantin (1560) impidió el establecimiento de la Inquisición en Francia, á pesar de la inquietud que causaban los protestantes, decretando además el rey, á petición del almirante de Coligny en la asamblea de Fontainebleau, la suspensión de toda persecución jurídica contra los hugonotes por asuntos religiosos, y prometiendo convocar un concilio nacional para la abolición de los abusos eclesiásticos. El resultado de esta condescendencia fué una nueva conjuración del príncipe de Condé.

La ambiciosa Catalina de Médicis, inclinándose ya á un partido, ya á otro, para conservar el poder durante la minoría de Carlos IX (1560-74), decidió que se verificase la conferencia de Poissy (1561) entre el cardenal de Lorena y Claudio d'Espence y el jesuita Lainez por un lado, y Beza y Pedro Mártir Vermilli por otro. La discusión fué acalorada, sobre todo acerca de la Eucaristía, pero estéril como todas. Habiéndose unido los Guisas con el duque de Navarra y el condestable de Montmorency, creyó conveniente la artificiosa regenta coligarse con el príncipe de Condé.

Esta alianza valió á los hugonotes que se les concediese el libre ejercicio de su religión y la autorización para celebrar asambleas fuera de las ciudades (1562), con tal que se abstuviesen de toda violencia para con los católicos. Pero como los hugonotes, sin respetar esta condición, y cada día más atrevidos por la misma tolerancia que con ellos se observaba, mataban á los sacerdotes y religiosos, llevaban por fuerza á oír sus predicaciones, en virtud de un decreto del consistorio de Castres, á los que pasaban por la calle; y conforme á las resoluciones de otro sínodo convocado por Viret en Nîmes (1562), y compuesto de setenta predicantes, destruían las iglesias de la diócesis, y expulsaban ó turbaban en sus prácticas religiosas á los católicos, quienes, heridos en sus convicciones, concibieron una indignación profunda

contra sus adversarios, estallando, por fin, el ardiente odio de los dos partidos con todos los furores de una guerra de religión. Una disputa ocurrida en Vassy, en Champagne, entre la gente de la comitiva del duque de Guisa y los hugonotes reunidos en una granja, fué lo que dió la señal de la lucha. Habiendo acudido el duque para restablecer el orden, fué herido de una pedrada; por lo cual, irritada su gente, asesinó sesenta hugonotes. Los calvinistas se quejaron altamente de esta violación del edicto de 1562, y empezaron la guerra al mando del príncipe de Condé, excitado á su vez por el inglés Throckmorton. Muchos de sus jefes cayeron prisioneros en la indecisa batalla de Dreux (Diciembre de 1562); el duque de Guisa fué cobardemente asesinado en el sitio de Orleans (1563) por un caballero llamado Poltrot; el rey de Navarra murió á consecuencia de una herida. Estas vicisitudes produjeron el decreto de Amboise (Marzo de 1563), que aseguraba á los hugonotes la libertad del culto en las ciudades. La reconciliación no fué más que aparente y momentánea. La tentativa de apoderarse del rey en el castillo de Monceaux hizo estallar de nuevo una guerra civil (1567), produciendo además escenas sangrientas y crímenes horribles cometidos por los hugonotes en Nîmes. Obtuvieron segunda vez, con el auxilio del Elector palatino, la paz de Longjumeau (1568), que ponía en vigor el edicto de 1562, sin las cláusulas que despues se le habían añadido. Esta paz no fué para los hugonotes sino un medio de fortificarse. Habiendo obtenido, en efecto, recursos de Isabel y de los Países-Bajos, dieron principio (1568) á la tercera guerra civil, que excedió mucho á las otras dos en furor y recíprocas crueldades. Briquemaut, el principal jefe de los hugonotes, llevaba un collar de orejas de sacerdotes asesinados. Gaspar de Coligny se puso á la cabeza del partido reformado cuando el príncipe de Condé sucumbió en la jornada de Jarnac (1569), y arrancó á la corte debilitada la paz de Saint-Germain (1570). Esta concedía á los hugonotes la libertad de conciencia, muchas ciudades para el ejercicio público de su culto y el derecho de desempeñar cargos públicos, dándoles por garantía las





ciudades fortificadas de la Rochela, de Montauban, de Cognac y de la Charité.

Sin embargo, el recuerdo de las atrocidades cometidas por los hugonotes mantenía una sorda fermentación entre los católicos. Carlos IX, con la esperanza de conservar la paz, trató de ganar á Coligny y le atrajo á su corte. Aprovechándose el almirante de su posición, excitó á Carlos contra su madre y fomentó la guerra de la Francia contra la España, obteniendo del rey el que apoyase á los Países-Bajos rebeldes. En fin, el odio, largo tiempo contenido, terriblemente estalló cuando el casamiento de Enrique de Navarra (Enrique IV) con Margarita, hermana del rey, hizo ir á Paris un gran número de caballeros calvinistas, y las antorchas de la guerra civil iluminaron la terrible noche de San Bartolomé (24 de Agosto de 1572). Esta horrible matanza no fué el resultado de un proyecto largamente meditado, sino una resolución pronta tomada contra Coligny, para prevenir las consecuencias que hacia temer el frustrado asesinato de la reina madre. Catalina de Médicis y su hijo menor, el duque de Anjou, y sus confidentes, decidieron al rey á consentir en el asesinato del almirante de Coligny, á quien acusaban de querer promover una guerra civil y de poner en peligro hasta la vida del mismo rey. Carlos, indeciso y agitado por mucho tiempo, acabó por ceder. El duque de Guisa, ansioso de vengar la muerte de su padre, se precipitó el primero en casa del almirante y lo mató.

La campana de las Tullerías dió la señal de la matanza á los parisienses, alarmados ya por los rumores que habian circulado de una conspiración calvinista. Cerca de cuatro mil hombres, y entre ellos muchos católicos, fueron, tanto en Paris como en las provincias, las víctimas de este odioso atentado. Roma supo vagamente, por las órdenes equivocadas enviadas desde la corte de Francia á los gobernadores de las provincias, que los Guisas habian promovido una sedición, y que el descubrimiento de una conspiración contra la vida del rey habia dado lugar á la matanza de los hugonotes. Si, pues, Gregorio XIII, mal informado, hizo cantar un *Te Deum* con aquel motivo, y si Mureto

pronunció el discurso que tantas veces se le ha echado en cara, y que tan mal se ha interpretado porque se ha leído poco, no debe causarnos esto más extrañeza que las felicitaciones últimamente dirigidas por los soberanos de Europa al rey de los franceses, Luis Felipe, por la conservación de sus dias. El noble obispo de Lisieux, Juan Hennuyer, á pesar de las órdenes del rey, tomó en su diócesis á los hugonotes bajo su protección, recibiendo en recompensa de su humanidad verdaderamente cristiana el gozo de verlos entrar á todos de nuevo en el seno de la Iglesia católica. La pérdida esperada concebida por la corte de debilitar al partido de los hugonotes con la muerte de su jefe, se desvaneció completamente. Los sectarios se dispusieron con nuevo furor á una guerra de religión (1573), y Carlos, no teniendo un ejército pronto para entrar en campaña, se vió obligado á conceder un nuevo edicto de pacificación á los hugonotes, reforzados por otra parte por su alianza con el partido de los políticos. Carlos IX, muerto el 30 de Mayo de 1574, dejó á su hermano, que abandonó el trono de Polonia para subir al de Francia, un reino dividido y un cetro debilitado. Enrique III no tuvo ni la energía ni la decisión necesarias para las circunstancias en que se hallaba. Vióse obligado á conceder á los hugonotes (1576) una paz incomparablemente más favorable que las anteriores; una paz que les aseguró el libre ejercicio de su culto en todas partes, á excepción de Paris, una completa igualdad de derechos políticos y civiles, y un número igual de miembros calvinistas y católicos en el Parlamento.

Condiciones tan ventajosas excitaban el descontento de los católicos, que formaron en Perona contra los calvinistas una *Liga*, á cuya cabeza creyó prudente el rey colocarse en los Estados de Blois (1577). Nuevas violaciones del último edicto de pacificación dieron lugar á una nueva guerra y á un segundo edicto de Poitiers del mismo año, que limitó mucho las ventajas últimamente concedidas. No teniendo hijos Enrique III, y habiendo muerto su hermano, el duque de Alençon, podían aspirar á la corona el rey de Navarra y el joven príncipe



de Condé, jefe de los calvinistas. Temerosos los católicos de tener un rey calvinista, quisieron elevar al trono al pariente católico más próximo del rey, el cardenal de Borbon, tío de Enrique de Navarra. El cardenal publicó con este fin el manifiesto de Perona de 1585. Se logró por medios artificiosos obtener el consentimiento del papa Gregorio XIII; pero éste revocó la aprobación que habia dado al plan de los coligados en cuanto tuvo de él un conocimiento más exacto. Su sucesor Sixto V desaprobó igualmente la Liga como una conjuración peligrosa, declarando, sin embargo, al mismo tiempo incapaces para reinar en Francia al rey de Navarra y al príncipe de Condé, en virtud de las leyes del reino. Enrique apeló al Parlamento, que se habia negado ya á promulgar la bula del papa. Empeñóse una nueva guerra, de la cual Enrique de Navarra salió victorioso en Coutras (1587).

La Liga levantó la cabeza, cuando Enrique III hizo asesinar al duque de Guisa y á su hermano el cardenal. La Sorbona de Paris se desencadenó tan fuertemente contra el rey, que tuvo éste que unirse á Enrique de Navarra. De este modo se perdió completamente á los ojos de los católicos coligados, y armó contra sí la mano del asesino Jacobo Clemente, dominico (2 de Agosto de 1589). A pesar de la bula de excomunión del papa, Enrique IV sucedió á Enrique III. Fué generalmente reconocido por rey de Francia, á condición de que abrazaría la religión católica, como lo hizo en efecto, convencido de que sólo un católico podia reinar en Francia, y cediendo, al mismo tiempo que á su interés, á los prudentes consejos de su ministro y amigo Sully (25 de Julio de 1593). Dos años despues absolvió el papa á Enrique de la sentencia de excomunión, con la condición de que mantendría la Iglesia católica, y haría publicar, salvas algunas excepciones, los decretos del concilio de Trento. Esta adhesión del soberano pontífice hizo sucumbir la Liga. Pero los calvinistas perseveraron en su espíritu de independencia y de sedición, y supieron arrancar á Enrique IV, á pesar de su entereza, el edicto de Nántes (1598), que les concedía el libre ejercicio de su religión en todas par-

tes, la admisión en el Parlamento de Paris, la formación de cámaras especiales en el Parlamento de Grenoble y de Burdeos, la autorización para reunir sínodos, y la creación de las universidades de Saumur, Montauban, Montpellier y Sedan. Fué precisa una gran severidad para hacer registrar un edicto tan nuevo, y el resentimiento de los católicos se sostuvo por la perseverante intolerancia de los calvinistas, que en el art. 31 de fe del sínodo de Gap (1603), declaraba todavía: «Creemos que el papa es »verdaderamente el Antecristo y el hijo de perdition, anunciado por la palabra de Dios bajo »la imagen de una prostituta vestida de pura y escarlata.» El asesinato de Enrique IV por Ravillac (14 de Mayo de 1610) tiene relación con estos sordos é implacables odios. Los hugonotes fueron tolerados bajo la regencia de María de Médicis durante la minoría de Luis XIII (1610-43); pero el inteligente y enérgico cardenal de Richelieu (1624-42) cambió completamente de sistema con respecto á ellos, cuando vió que no habia que esperar paz duradera de los calvinistas, siempre descontentos, siempre amenazadores, é irritados entonces, más que nunca, porque el rey se casaba con una infanta de España y restituía á los católicos del Bearn las iglesias que se les habian quitado. La toma de la Rochela, último baluarte del partido calvinista, lo anuló enteramente bajo el aspecto político (1628), poniendo término á aquella larga y sangrienta lucha de setenta años. De este modo permanecieron tranquilos los calvinistas, aun durante la minoría de Luis XIV, quedando severamente reprimida la tentativa que hicieron de unirse con la Inglaterra en 1659, por inspiración del sínodo de Montpellier.

Poco á poco fueron volviendo á la Iglesia un gran número de calvinistas, por los esfuerzos de un episcopado notable y el celo de una milicia clerical pura y ferviente, salida de la escuela de San Vicente de Paul. Se restringió cada vez más la libertad de los que perseveraron en la herejía, hasta que persuadido Luis XIV de que su perseverancia era pura tenacidad y oposición política, é impulsado por los consejos del canciller Le Tellier, revocó el edicto de